AÑO III — PONCE, PUERTO-RICO, JUEVES 20 DE ABRIL DE 1893 — NUM. 435.

LA DEMOCRACIA

SE PUBLICA
LOS MARTES, JUEVES Y SÁBADOS POR LA TARDE

DIRECTOR Y ADMINISTRADOR
LUIS MUÑOZ RIVERA

OFICINAS
CALLE MAYOR, PLAZUELA DEL TEATRO

La Democracia

PONCE, JUEVES, ABRIL 20, DE 1893.

CRÓNICA

Pronto celebrarán los Estados Unidos su Exposición, que será, más que un torneo artístico, un *tour de force* realizado por la industria de este siglo.

A esa famosa justa acudirá Puerto-Rico, según dice la prensa. La fiesta se celebra en honor del descubridor de América, y los pueblos que el gran genovés legó á la civilización, están en el deber de asistir á ese certámen, para demostrar al mundo los progresos que han realizado en cuatrocientos años.

Los Estados Unidos asombrarán á las naciones con sus grandes inventos y sus famosas obras de ingeniería.

Las repúblicas hispano-americanas, tendrán puesto de honor, como lo tuvieron en París, y á ella llevarán el espíritu industrial que á la sombra de la bandera tricolor se ha desarrollado en esos pueblos.

Pero Puerto-Rico ¿qué papel irá á hacer en esa gran torneo de la industria? El de la desarrapada y macilenta pordiosera, que á través de sus desgarrados harapos, sólo enseña sus enflaquecidos miembros.

La hija de la colonia irá, trémula, vacilante y avergonzada, á esconderse en el más oculto rincón, á donde no lleguen las miradas del viajero.

Sin industrias y sin artes, Puerto-Rico solo podrá exhibirse como muestra del atraso en que viven los pueblos sometidos á la tutela del coloniaje. Presentará muestras de café y azúcar; probará con sus frutos naturales la feracidad y hermosura de su suelo; pero á la vez será un vivo testimonio del abandono á que le tienen sometido los gobiernos. Porque pudiendo aquí desarrollarse infinidad de industrias, carécemos de ellas merced á la falta de protección y de estímulos.

Apenas refúrcese en el país una cualquiera, desfallece bajo el peso de los tributos y las trabas que se oponen á su desarrollo.

Intereses contrarios á los nuestros, influyendo en las altas esferas del gobierno, hacen imposible aquí todo progreso. No falta en nuestro país esfuerzo colectivo, iniciativas propias é inteligencias aptas de acometer grandes empresas, pero todos estos elementos se estrellan ante la indiferencia del poder y la explotación del fisco.

Las industrias no nacen como las cañas y los cafetos, merced al influjo de unos cuantos rayos de sol y otras tantas gotas de agua. Las forman la mano y la inteligencia del hombre, pero esa mano y esa inteligencia han de ser protegidas por los poderes públicos: de lo contrario desmoronanse y conviértense en ruinas. Por eso los pueblos que carecen de industrias, son aquellos que tras de estar mal gobernados, solo sirven de factorías explotables, de las cuales se extraen todos los tesoros que brinde la naturaleza, pero á las que no se aporta un solo grano de civilización y progreso. Son, pues, los gobiernos, los que hacen á los pueblos industriales, activos y poderosos.

Después de cuatrocientos años de descubierto, Puerto-Rico no puede presentar una sola fábrica de tejidos, de cristalería, ni de ninguno de los ramos de la industria. Este solo hecho es la censura más amarga que puede hacerse de la política que España ha seguido en sus colonias.

Las naciones que se congreguen en Chicago, habrán de reconocerlo así; y formarán elocuente contraste, el adelanto de los pueblos que se separaron de España, con el atraso de los que, leales á su metrópoli, arrastran una vida pobre y anémica, que les aleja del concierto que forman los países progresistas.

La presencia de Puerto-Rico en la Exposición de Chicago es necesaria, porque será una protesta elocuentísima de su administración, á la vez que el argumento más firme en pró de su autonomía.

Y España no podrá menos que sentirse ruborizada al ver el miserable contingente que á ese gran certámen de la industria americana aportan las Antillas, últimos restos de su poderío en América.

* * *

No hay posta nesidional que no haya contado, con voz más ó ménos ronca, *al pié de una reja*.

La reja es el misterio y la posesión á través de unos barrotes de hierro. La arquitectura moderna va destruyendo ese emblema del amor, y ya, solo en los pueblos de Andalucía, se conserva con su carácter primitivo y su larga historia de amoríos y pendencias.

Una de esas ciudades en que mayor número de rejas he visto, es Granada.

Allí, rara es la casa en cuya planta baja no aparezca la famosa reja adornada con tiestos de flores, y por entre cuyos barrotes no asomen los grandes y relucientes ojos colocados á modo de estrellas en la morena fisonomía de alguna beldad andaluza.

Y nada más poético como una mujer vista al travésde la reja, rodeada de flores y de enredaderas que van á abrazarse á la jaula que pendiente en lo alto, encierra al canario artista. Allí, medio oculta, distínguese la guitarra, el inseparable laúd de la mujer andaluza. Vistas así, á la caída de la tarde, aquellas mujeres parecen prisioneras musulmanas esperando impacientes al caballero cristiano que venga á arrebatarlas de las manos del Sultán.

¡Cuántas veces, circulando por las calles de Granada, me he detenido á contemplar ese cuadro que ha quedado grabado en mi mente!

Apenas la noche descorre su manto protector, vénse sombras misteriosas que se acercan á las rejas, pegándose al muro, mientras por entre los barrotes de hierro asoma el blanco y tornaso brazo de alguna hermosa. Son amantes que asisten á la cita nocturna. La familia de la chica puede descansar tranquila: aquellos barrotes de hierro son infranqueables; ellos protegen la inocencia y contienen al amor en los límites del más puro idealismo. Los labios del amante tienen que conformarse con imprimir algún beso en la mano de la joven. De allí no puede pasar, pues lo impide aquella fría metralla de hierro.

¡Qué de historias tristes podría contar la reja si adquiriese la facultad de hablar! Contra ella se han apoyado muchas frentes delirantes, y ante su vista ha desfilado el amor de muchas generaciones! ¡Cuántos amantes han caído junto á ella atravesado el corazón por el puñal de algún rival! ¡Cuántos juramentos y traiciones la presenciado esa misteriosa reja!

El día que la reja desaparezca de las casas, habrá muerto la poesía caballeresca en las provincias andaluzas, únicas que conservan aún ese carácter romántico y novelesco.

Cuando Granada se entrega al sueño, allá á las altas horas de la noche oye uno desde su lecho cantos tristes y notas melancólicas que cruzan rápidas por los ámbitos de la ciudad, como si á aquella hora los corazones de las andaluzas empezaran á gemir por los amantes ausentes.

Aquella música es el lenguaje misterioso de la reja, que muchas noches conmovió mi corazón haciéndome exclamar:

—¡Qué dulce debe ser morir al pié de una reja, iluminado por la luz ardiente de unos ojos granadinos!

MARIANO ABRIL.

EN VILLALBA

EL VIAJE

Dejamos la carretera central en Juana-Díaz y comenzó el carruaje á dar vuelcos sobre un camino erizado de pedruscos enormes y lleno de asperezas continuas.

A las márgenes crece lujuriosa la vegetación de los trópicos, y en lontananza se yerguen las cumbres de una cordillera cuyo pálido azul rompen á trechos grandes grupos de árboles sombríos.

Allí vive á sus anchas el cafeto, con su albas flores ó con sus frutas bermejas.

La vía es ingrata por sus accidentes bruscos y por sus salvajes quebraduras; pero está poblada de viviendas en una y otra orilla. Se vé desde luego que el campo, pacífico y fértil, compensa la labor del hombre.

Hay en él vida próspera y robusta: aquí una escuela, allí un comercio, acullá una casa confortable, más lejos una chimenea.

El viaje tiene encantos para nosotros, que en cada bosque, en cada riachuelo, en cada fronda, evocábamos un recuerdo de la aldea nativa y de sus abruptas soledades.

Enfrente de la naturaleza jamás permaneció inactiva nuestra imaginación ¡Cuántos ensueños y cuántas memorias resucitaron mientras el vehículo rodaba por los disimulados precipicios con desigual impulso!

EDÉN CAMPESTRE

Llegamos al fin.

Los señores Soldevilla y Figueroa nos recibieron con era galantería franca y cordial que tanto cuadra al carácter de nuestros paisanos.

El señor Figueroa es un agricultor que en solo seis años, á fuerza de trabajo y constancia, levantó un capital respetable.

En el sitio que escoge para disfrutar su fortuna ha construido una morada espléndida.

Tras la verja amplísima se alza un edificio de madera, de dos pisos, con balcones que caen al Norte, al Este y al Sud y que dominan un panorama encantador.

A medio kilómetro los riscos y los montes; en terno de la casa una planicie, propia para que en ella se edifique un pueblo; á corta distancia el río, con sus ondulaciones y sus murmullos.

El estanciero se rodea de todas las comodidas que brinda la civilización. Mobiliario elegante, despensa nutrida, cuadras para veinte corceles, huertas, coches, baños. Nada falta.

Cuatro líneas telefónicas le ponen en contacto con la isla, y desde su mismo lecho puede comunicar sus órdenes á todas sus fincas, que alcanzan una extensión de infinitas hectáreas.

Dentro del cuasi palacio hay timbres movidos por la electricidad y aparatos para refrescar la atmósfera en las habitaciones. Techos pintados por Rios, como los del Consistorio de Ponce y los del *Sport Club*, mangas para incendios, cañerías de hierro que llevan el agua á todas las dependencias.

No se echa de menos ninguno de los elementos contemporáneos del *confort*.

LOS ALREDEDORES

A pocos pasos de la verja el cuartel de la Guardia civil, costeado por el señor Figueroa; enseguida una calle en que hay almacenes, depósitos de café y establecimientos mercantiles.

En una de las casas—todas de fábrica reciente—la escuela, en que el señor don Federico Matos, padre respetabilísimo de un compañero nuestro, Matos Bernier, enseña á los hijos del propietario.

Una nota nos disgustó en el armónico concierto de tantas notas agradables: la gallera.

Al Norte de su residencia el señor Figueroa se propone construir un templo y un cementerio católicos. Ya tiene permiso de las autoridades superiores.

De modo que aquel núcleo irá creciendo y no pasarán muchos días sin que en las alturas de Villalba exista una población rica, floreciente, fundada por el trabajo y sostenida por el ahorro.

Al hombre que hace esto se debe un aplauso. Acumular riquezas es meritorio; y lo es más cuando las riquezas sirven, como en este caso, para fomentar incesantemente adelantos.

LA LUZ ELÉCTRICA

Por primera vez había de instalarse en Puerto-Rico.

Y no tocaba ese honor á la Capital, á Mayagüez ni á Ponce.

Realizaban la obra en colaboración los señores Figueroa y Vidaurre; aquél con sus recursos cuantiosos: este con su laboriosidad y su inteligencia.

A las seis de la tarde barbotaba el vapor en la máquina que engendra las corrientes; á las siete se encendían los focos, iluminando con vivas claridades los contornos.

Era un espectáculo.

En plena campiña el progreso con sus resplandores más brillantes.

Los aparatos cuestan al señor Figueroa más de dos mil quinientos duros; pero nadie podrá discutirle la gloria de ser el primero que instala en este país el alquitrado por la electricidad.

El hecho no ha menester comentarios.

Un labrador que nunca salió de sus montañas, que vive en comunión íntima con la naturaleza, que no sabe leer, va más adelante que las ciudades de la isleta.

Aviso rara que apenas se concibe; planta exótica que sorprende al observador con sus manifestaciones originales é inesperadas.

Cuando al señor Vidaurre en un electricista sin escuela, que se formó por sí, á merced de una vocación firme y de un estudio formal y concienzado.

El tendió las líneas telefónicas y ahora instala la luz eléctrica.

Es activo, es incansable, es laborioso, es honrado, es puertorriqueño.

¡Salud!

OBSEQUIOS

El señor Figueroa y su socio el señor Soldevila, nos obsequiaron con rumbo.

Desde aquí pusieron un carruaje á nuestra disposición.

Después, y durante la noche que permanecimos en Villalba, nos dispensaron toda clase de obsequios.

En la mesa, á la hora del *champagne*, Luis R. Velázquez, que nos acompañaba, hizo un discurso en honor del anfitrión: nosotros amplíamos sus conceptos en una improvisación corta y sencilla; y Mariano Abril pronunció frases muy oportunas.

La franqueza del señor Figueroa nos proporcionó momentos gratísimos.

Nos reirió los comienzos de su vida, los orígenes de su caudal, las luchas sostenidas, las amarguras apuradas, el esfuerzo constante y asiduo con que logró vencer: y así, en la amena plática, pudimos penetrar hasta el fondo de su existencia.

Cuando el sol despuntaba sobre las cumbres de la ingente cordillera, nos despedíamos de aquella casa en que Labiamos encontrado tan generosa hospitalidad y volvíamos al pupitre, á levantar esta roca de Sísifo, que absorbe por entero nuestras actividades, y que es necesario traer, día tras día, á la cúspide del pensamiento para que caiga de nuevo, cada cuarenta y ocho horas, en los abismos de la publicidad.

A DIESTRO Y SINIESTRO

La *tournée* del Gobernador ha sido un desastre en Guayabo.

Llegó el General, visitó las escuelas, pasó á la carnicería, reunió al Ayuntamiento, manifestó su enojo por la circunstancia de que no se celebran sesiones, desairó un obsequio por la simple razón de que de Guayabo no quiere *ni agua*, concedió á los concejales tres meses para normalizar la marcha del municipio y amenazó al pueblo con destruir su vida municipal si no emprende otra ruta.

Entre tanto el alcalde, el que por la autoridad que ejerce debería responder de todo ante sus superiores, sigue en pié, tranquilo, sin reproches y sin cuidados.

Contra él se libraron campañas justísimas, que el gobierno presenció con olímpica indiferencia, y ahora se reprende á nuestros correligionarios porque no le prestan su concurso.

La suerte está echada. Los automonistas se cabrearon con un ningún parte. Es preferible mil veces el retraimiento absoluto á la mísera tutela.

Déjese el puesto á los conservadores. Son los únicos que pueden ocuparlo hoy á gusto de los que mandan.

Para que no impongan delegados, y se suspendan acuerdos, y se anulen iniciativas, y se niegue la soberanía popular no vale la pena de mantener la lucha.

¿Lo quieren todo, pardiez?
Pues hay que dárselo todo.
Y que se harten de tal modo
De una vez.

—

Norberto Cordero publica una hoja suelta y la dirige *al país*.

La tal hoja es un cúmulo de injurias risibles y de certificaciones baldías.

A nadie importan *los sentimientos religiosos* ni la *honradez privada* de Cordero.

Se ha dicho que es un trán-fuga y es verdad.

Se ha dicho que explota una tímba y es verdad.

Se ha dicho que mandó agredir en la vía pública á un ciudadano; y es verdad.

Certifiquen los devotos de Cordero que resultan falsos esos hechos, y estarán más oportunos.

—¿Que es buen padre de familia?
—Bien.
—¿Que es buen católico?
—Magnífico.
—¿Que es hombre más ó menos social?
—Sublime.
—¿Que desempeña la secretaría á satisfacción del municipio *incondicional de puño?*
—Perfectísimamente.

Todo eso no destruye lo de la apostasía, lo del garito ni lo del fascinoroso comprado.

No se anden por las ramas los que prestan sus firmas á Cordero.

Desvirtúen las *aluraunciones concretas* con que se le apostrofa: desvirtúenlas, y entonces les oiremos.

Por lo que á Grau se refiere no hay que hablar.

Grau, como Cordero, fué autonomista, abrazó el estandarte conservador, y le dieron un mendrugo.

¡No ha de certificar el *otro* que cumple escrupulosamente sus deberes!

La prueba no vale nada.
El argumento es fallido.
Cordero y Grau ¡qué bobada!
Dos perros de una camada
Y dos pájaros de un nido.

—

El Gobernador ha publicado una circular en que recomienda á sus subalternos que *le informen de todo lo que censure la prensa, en la parte que les atañe, aún cuando las denuncias les afecten á ellos mismos, manifestando razonadamente, en los informes que dén, las ventajas ó inconveniencias de lo que se proponga ó justificación de la conducta denunciada.*

El espíritu de la circular es bueno y por el enviamos un plácemo al General Dabán.

Ahora falta que se le hable sincera mente y que los alcaldes y los negociados le digan la verdad; que la ponga no encuentre en su camino á la insidia, que todo lo malea, y al interés, que todo lo trastorna.

Como los periódicos denunciau día por día abusos y desórdenes, irregularidades y chanchullos, pronto veremos las ventajas del decreto *en la práctica*.

Y hasta entónces esperamos para juzgar con acierto, ya que el éxito depende de la rectitud con que se cumpla lo mandado.

En principio la disposición es plausible y revela deseos de gobernar de acuerdo con la opinión.

Que el hecho responda á la palabra.

LITERATURA

¡OTRA . . . DE MARSELLA!

Nadie ignora que los marseleses tienen fama de fanfarrones y mentirosos. Si las aventuras burlescas no existieran, de seguro que ellos las habrían inventado.

Sucedió pues, que un día, el que usteles quieran escoger, pero no muy lejano, el cajero principal (principal porque era el único) de la afamada casa de comercio Castañeta y Cª, aquella que en cierta época hizo saber á los ciudadanos de Francia y de Navarra, que era la única que vendía el verdadero *moka* "de la Martinica," decía, pues, que el cajero de la dicha casa estaba ese día taciturno. Parecía, al verlo, que hubiera digerido mal. Preocupado, no contestaba sino por monosílabos á las preguntas que se le hacían. No era que su mujer lo molestara, puesto que tenía la felicidad de ser soltero. ¡Habría perdido en el juego! De seguro que no, pues era jóven muy juicioso.

Entónces ¿qué era?

¡Ah! permítanme, son ustedes muy curiosos y sobre todo muy apresurados.

No tardó mucho el señor Castañeta, el patrón, el mejor de los patrones, en notar la tristeza de su cajero y le preguntó:

—¿Qué tienes Bautista?
—Yo, nada.
—Sí, hombre, algo tienes?
—¡Nó, nada!
—¡Bueno! Tú sabes que nunca me engaño, tengo muy buen ojo.
—Nó, usted se equivoca.
—Pues bien, así será. A propósito, me esperarás para almorzar.
—¿Para qué?
—Para almorzar.
—¡Está bien, si señor!

A las once, Castañeta y su fiel cajero habían tomado asiento en uno de los restaurants cercanos de la Bolsa, y habiendo ya almorzado sólo esperaban el toque de campana para entrar en la Bolsa.

Pero Bautista seguía taciturno. Ni el buen vino había podido desaltterarlo. El patrón, ya no pudo aguantar más.

—Al fin, ¿qué es lo que tienes? dijo, dando un violento puñetazo sobre la mesa. ¡Necesitas plata! Habla, sabes que soy rico, y que te considero casi como un hijo.

—Nó, no necesito plata.
—¿Entónces estás enamorado?
—Sí, señor.
—¿Y por eso pones semejante cara?
—Pues. . . .
—¿Es bonita?
—Bella.
—¡Pues bien! cásate con ella.
—¡Ah! allí está la dificultad, los padres de la muchacha no querrán.
—¿Y por qué nó?
—Ella tiene un millón de dote.
—¡Oh!

Castañeta retorció sus bigotes, lo cual significaba que estaba contrariado.

Luégo, de repente, mirando de frente á Bautista, dijo:

—¿Sabes lo que haría yo en tu lugar?. . . .
—Nó, dígame. . . .
—¡Pues bien, yo me la robaría!. . . .
—¿Qué?
—¡Pues sí, y una vez robada, se verán obligados á dártela!
—La idea no es mala.
—¡Vaya si es mala! ¡Ah! ¡estos jóvenes! Ahora estos casos son raros. En mis tiempos. . . .
—Sí, sí, ¿pero cómo?
—¿Cómo? Pues tomarás un coche con los dos caballos que compre é otro día, y una vez que hayas andado unas diez leguas, tomas el tren. ¿Estás resuelto?
—Estoy resuelto.
—¡Pues bien! entra á arreglar tu factura, toma para ti tres mil francos, vete y buen viaje, ¡afortunado!
—¡Ah! ¡señor Castañeta!
—Bueno, bueno, después me darás las gracias.

Y alegre y feliz, el excelente negociante de *moka* de la Martinica entró á la Bolsa, donde ganó ese día sumas enormes, pues siempre las buenas acciones tienen recompensa.

Igualmente alegre y satisfecho, frotándose las manos, entró ese día en su casa un poco tarde, á causa de las muchas cartas que tuvo que escribir.

—¡Cómo se irá á reir mi mujer cuando le cuente la historia de Bautista!—se decía.

—¡Ah! ¿vienes sólo? le preguntó su mujer al entrar.

—Sí, hija, Bautista no vendrá esta tarde.

—Pero si yo lo había invitado.

Es de suponer que pronto salga usted de la duda, cuando más cuando las revelaciones que usted ha hecho han sido espontáneas. ¿Y se verá?

—Sí, señor. Lo que he dicho ha sido porque mi conciencia así me lo dictaba.

—Nadie más que su conciencia le ha obligado á usted á hacer esas revelaciones?

—Vds. también que más pobres entidades estaban sufriendo, y antes que ellas pudiera decir que yo lo sabía tanto, que adelanté á de-

---

FOLLETIN (7)

EL NIÑO DE *EL ESCORIAL*

REFÍRIAN LOS CARGOS

(Continuación)

Quieren perderme. Señor juez, usía sabe, y lo dice todo el pueblo, que soy honrado.

—Pero no basta serlo; hay que demostrarlo, le replica el juez.

Julián inmóvil ante istranquilo y recurre la silla de un lado á otro golpeándose el pecho y la frente continuamente.

CRISANTO Y JULIÁN.—CARGO TERRIBLE

A las doce y media de la tarde comienza este cargo, con tanta ansiedad esperado, y al que se da gran importancia.

—Algún día habrá ese Dios—dice Julián—y dirá la verdad. "Tú, Crisanto, lo sabes."

—Tengo una hija—replica Crisanto—y por ella he jurado decir la verdad.

Crisanto y Julián, exacerbados, se aproximan el uno al otro, y por sus ademanes parece que tratan de acometerse. Entonces el juez procura calmarlos, y tranquilizados ambos, le dice á Crisanto:

—¿Es cierto que usted ha dicho que Julián manifestó á sus hermanas todo cuanto éste había hecho con el niño Pedro Bravo?

—Crisanto Jorge sufrió condena en Coluvrar Viejo por haber disparado un tiro y herido en la cara á un guardia en un monte de dicho término; pero Crisanto dijo en el juicio que suponiendo era un oso le había disparado. El guarda que se hallaba en acecho para sorprender á Crisanto, asomó la cabeza por encima de una tipia. Parece, no efecto, que el guarda llevaba una gorra de pieles de las llamadas *orejera*. El jurado condenó á Crisanto á dos meses de prisión.

—Las hermanas de Julián oyen que el cartero, lo niega todo, pero dice que estuvo en casa de Julián varios días en la primera quincena de Enero.

El juez y el fiscal sabían el delaboro de Julián á preguntarle en qué fecha le visitó Baldorio. Dice que no recuerda.

En este momento el jurado se retira de la Cárcel.

La guardia civil entregó al atestado probando abusos cometidos anteriormente por Julián.

El fiscal considera que debe terminarse el [illegible]

Periódico LA DEMOCRACIA
Jueves, 20 de abril de 1893

Se publica en la página 2 la crónica del viaje de Luis Muñoz Rivera, Mariano Abril y Luis R. Velázquez a Villalba. El texto describe con detalle extraordinario la residencia de José Ramón Figueroa y los adelantos tecnológicos, incluida la primera instalación de energía eléctrica en Puerto Rico.